

NEUTRALIDAD TERAPÉUTICA, ÉTICA Y RESPONSABILIDAD EN PSICOANÁLISIS

Psic. Rosario Arregui

El psicoanálisis se sustenta en el postulado básico de la neutralidad.

Laplanche y Pontalis definen la actitud del analista durante la cura. El analista debe ser neutral en cuanto a los valores religiosos, morales y sociales, no dirigiendo la cura en función de un ideal y absteniéndose de todo consejo; "neutral" en relación a la transferencia, por lo tanto no debe "entrar en el juego del paciente"; por último "neutral" en cuanto al discurso del analizado, no concediendo "a priori" una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos a un fragmento o a ciertas significaciones.

Alejandro describió el proceso transferencial como reedición corregida del pasado; gracias a la "neutralidad" del analista, que no juzga, ni engrana sino, en contraste con los personajes primitivos del paciente, escucha, intenta comprender e interpreta.

Marie Langer sostenía que la diferencia entre la terapia analítica y la conductual es que evitamos cuidadosamente el sistema de premio y castigo a través de nuestra actitud "neutral".

El analista espera, no proponiendo otra tarea que no sea dejar que las palabras surjan y discurren. Debe situarse más allá de los intereses sociales y sin intención de dar cumplimiento a determinados fines.

"Por nuestra parte rehusamos decididamente adueñarnos del paciente que se pone en nuestras manos. Rehusamos estructurar su destino, imponerle nuestros ideales y rehusamos también intentar formarlo con orgullo creador, a nuestra imagen y semejanza" (de Freud a Ferenczy).

Sin embargo, el terapeuta psicoanalítico no es distante ni prescindente. La neutralidad analítica, a diferencia de la científica, supone una proximidad y es a la vez una neutralidad activa. Debemos distinguir entre neutralidad y distancia o frialdad, dado el valor de la comprensión empática, "el auténtico interés y afecto que el analista siente por el paciente y la importancia que eso tiene en el análisis" (Fanny Scholnik).

Volnovich nos habla de una activa operación de renuncia a los valores, ideales y deseos, activa operación de desestimar las preferencias propias para liberar el espacio al deseo del analizado.

Sin embargo, el analista que espera no es neutro y su espera implica una "pasión por la alteridad". Pasión ambigua y paradójica ya que intenta mantener libre al otro de su propia pasión. La ética del Psicoanálisis se apoya en el hecho de ser una pasión a término. "Relación pasional que nace y vive en el compromiso de extinguirse".

El saber del analista implica un lugar de poder y este poder se funda en la prohibición de ejercerlo. Poder que sólo se ejerce a los fines del análisis. "El analista está en una relación especial con su paciente que, por la regresión y la transferencia, le da un poder. Abandonar la neutralidad podría significar un abuso de poder, influyendo con sus ideas, sus gustos o sus normas" (Scholnik).

La pasión por el otro aumenta nuestra sensibilidad a las diferencias, incrementando la tolerancia a los otros. Sin embargo, existe en esta actitud un riesgo ético potencial cuando la aceptación de las diferencias nos conduce a la indiferencia, a la extraterritorialidad social y a la marginalización del acontecer histórico.

El Psicoanálisis se sostiene a su vez en un propósito: el develamiento de aquella verdad que estando encubierta para el sujeto que la soporta, se presenta como síntoma. En este sentido el Psicoanálisis es una propuesta ética. Ser psicoanalista o no serlo está enlazado a la producción de verdad, de eso se trata el desentrañar el síntoma en cuanto solución de compromiso negociada.

Para el Psicoanálisis la naturaleza humana se fundamenta en el conflicto (amor-odio; cuidado-agresión; solidaridad-egoísmo). Esta dualidad marca la historia individual y la de la Humanidad. Frente a esta dicotomía al Psicoanálisis le son posibles dos salidas; una salida ética donde la producción de verdad hace posible la justicia o el refugio en el síntoma del cual se oculta la evidencia.

En el terreno de los Derechos Humanos quien se afirme psicoanalista, lo es y hace justicia o no lo es y se suma a la complicidad.

Para quienes trabajamos cercanos a los organismos de Derechos Humanos, la pasión por la alteridad que fundamenta la ética del psicoanalista se detiene a veces, debemos aceptar que no podemos aceptar ciertas diferencias. "Aquellos" frente a los que mi pasión por la alteridad se desvanece para dejar lugar a la pasión por la justicia y el compromiso con la verdad.

No es posible la "neutralidad" ni la "indiferencia" frente a las violaciones a los DDHH. "La neutralidad implica una abstracción de la realidad y la violencia social en sus formas extremas pone de relieve el absurdo teórico que implica olvidar cómo la realidad impregna, tiñe y determina la vida cotidiana con sus actos vivencias y sentimientos" (E. Lira; E. Weinstein. 1984).

La asistencia a los afectados directos por el Terrorismo de Estado nos plantea numerosas interrogantes sobre la tarea realizada: "Es necesario revisar cómo el horror atraviesa a los terapeutas y a los equipos de salud mental implicados en la misma", Lic. Matilde Ruderman.

Ser psicólogos, psicoanalistas con posibilidades de oír, ver y hablar implica "...una disposición, una forma de ser, frente a una visión que se tiene del mundo, se empieza a no ser neutral, se empieza a ser un individuo comprometido" (Fernando Ulloa).

Frente a la planificación de los métodos ejercidos desde el terror institucionalizado y sus efectos, no servían los encuadres conocidos. Había que inaugurar una escucha que albergara el dolor de tanto padecimiento.

Scholnik cita a Bleger en cuanto éste sostiene que cuando un análisis no da lugar a ninguna ruptura del encuadre inmoviliza el proceso y mantiene el clivaje de los aspectos psicóticos. "Podríamos decir lo mismo de la regla de la abstinencia". Estas modificaciones técnicas responden a necesidades clínicas y al poder ser fundamentadas forman parte de la actividad científica (pacientes seriamente perturbados, situaciones traumáticas vinculadas a acontecimientos reales, etc.).

Nuestra pertenencia como terapeutas a organismo de Derechos Humanos facilita la "alianza terapéutica". Para estos pacientes representamos alguien leal y confiable

frente a una sociedad que los aísla y pretende el olvido de los delitos de que fueron objeto.

Nuestra neutralidad no implica militancia partidaria. "El psicólogo no puede ser neutral frente a la vida y lo que la niega", Eva Giberti.

El escuchar ha sido un "nuevo ejercicio" de un antiguo compromiso: develar la verdad.

Para citar a Marcelo Viñar: " Entre el ***Ustedes no pueden saber*** de las víctimas y el ***Nosotros lo sabíamos*** del holocausto, se intercala la propuesta omnisciente y mortífera del régimen policíaco y torturador: ***Lo sabemos todo***. A esta propuesta de terror y locura, sólo podemos oponerle humanamente: ***Tenemos que saber algo de ese imposible saber***.

Nuestra tarea de terapeutas analistas es ayudar a saber algo de "ese imposible saber". Esta práctica no es una especialidad, lo que quizás la diferencia es la conceptualización del trauma que desarrollamos, lo que nos lleva a hablar de la especificidad del mismo. Se trata de entender los rasgos cualitativos que tuvo el quiebre psíquico de los sujetos en el marco de las experiencias límites de la tortura y prisión prolongada. "Así lo entendimos cuando pensábamos en las dictaduras del Cono Sur y su efecto traumático. No se trataba de un accidente en la vida del sujeto sino de proceso socio-político que irrumpía desde un poder omnímodo. Nosotros, los psicólogos, psicoanalistas también pertenecemos a esta sociedad que en el Cono Sur veía destruidos sus ideales. No fue una construcción imaginaria" (Lic. Matilde Ruderman).

Eduardo Galeano escribía en 1979: "A uno de cada 80 uruguayos le ataron una capucha en la cabeza, pero capuchas invisibles cubrieron a todos los demás uruguayos, condenados al aislamiento y a la incomunicación".

La experiencia recogida de estas tareas clínicas provee preguntas de orden teórico que será necesario seguir procesando: el problema de la neutralidad del analista, la teoría del trauma, la pulsión de muerte, la culpabilidad inconsciente, la relación del sujeto con el poder, aquello que dispone al hombre a su sujeción, pero también lo que le permite el ejercicio de su libertad.

Quizás esto suscite dudas si hacemos Psicoanálisis. Sin embargo la búsqueda de la verdad, su develamiento, no tiene otro modelo conceptual que el del Psicoanálisis.

Fanny Scholnik propone conceptualizar el proceso analítico como resultado del movimiento entre la transgresión y la abstinencia y en ese sentido da cuenta de las peculiaridades del vínculo entre paciente y analista. La transgresión está en los propios objetivos y la forma del trabajo analítico. Transgredir implica etimológicamente "pasar a través" por tanto "todo al análisis implica un ***pasar a través*** de las resistencias, para aproximarse al inconsciente que es también lo prohibido e imposible"(F. Scholnik "Abstinencia y Transgresión" Revista Uruguaya de Psicoanálisis, No 65, 1987).

BIBLIOGRAFÍA

Adolfo Sánchez Vázquez - ÉTICA

Eduardo L. Menéndez - LA SALUD COMO DERECHO HUMANO - ACOTACIONES
SOBRE LA POSIBILIDAD DE UNA PRÁCTICA DIFERENCIADA

Fanny Scholnik - ABSTINENCIA Y TRANSGRESIÓN -REVISTA URUGUAYA DE
PSICOANÁLISIS No 65, 1987.

Fernando Ulloa - LA ÉTICA DEL PSICOANALISTA ANTE LO SINIESTRO

Laplanche y Pontalis - DICCIONARIO DEL PSICOANÁLISIS

Marie Langer - MEMORIA, HISTORIA Y DIÁLOGO PSICOANALÍTICO

Piera Aulagnier - LA VIOLENCIA DE LA INTERPRETACIÓN

Sigmund Freud - CONSEJOS AL MÉDICO EN EL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO

Sigmund Freud - LA INICIACIÓN DEL TRATAMIENTO

Sigmund Freud - LOS CAMINOS DE LA TERAPIA PSICOANALÍTICA

Stanislav Tomkiewicz - DEONTOLOGÍA Y PSIQUIATRÍA